

conducta, pues habiendo descubierto en Roma algunos de estos odiosos hereges, los habia hecho desterrar con ignominia, y habia condenado sus libros al fuego. Respondió con mas celo y mas cuidado á las quejas de Anastasio, de que el Papa se habia unido con el senado para excomulgarle. Demuestra Símaco que esta excomunion no era una sentencia pronunciada nominalmente contra el emperador, sino una simple suspension de comunicacion conforme al uso de aquel tiempo. «No á vos, señor, le dice, sino á Acacio es á quien excomulgamos. ¿Qué me importa á mí Acacio, direis vos? Pues abandonadle y no tendreis parte en su excomunion. De otro modo no soy yo quien os excomulga, vos mismo os excomulgais.» Despues se queja de la persecucion que Anastasio hacia padecer á los católicos, que eran los únicos á quienes prohibia el libre ejercicio de su Religion, mientras le permitia á las innumerables sectas que infestaban el Oriente.

Realmente este príncipe no era eutiquiano, sino acéfalo ó hesitante; nombre que se daba á los inquietos novadores que sin otro carácter que su indocilidad ó indiferencia no admitian el Concilio de Calcedonia, ni se declaraban por las opiniones proscritas en él. Durante muchos años dejó á sus súbditos en libertad de admitir ó desechas estas santas decisiones, porque las guerras que tenia que sostener contra los isauros y los persas, le obligaban á procurar adquirirse el afecto de todos sus súbditos; mas luego que nada tuvo que temer de los extranjeros, se declaró abiertamente contra el santo Concilio, y principió á atormentar á los católicos, especialmente á Macedonio, patriarca de Constantinopla (1). Era este depositario del escrito en que su predecesor Eufemio habia obligado al emperador,

(1) Evagr. lib. 3 hist. cap. 20; Teophan. ann. 506.

antes de coronarle, á ofrecer que no innovaria cosa alguna en la Religion. Rehusó soltarlo por mas instancias con que se lo pidió, y este proceder le atrajo una persecucion violenta. Ganó el emperador al principio á algunos obispos, é hizo venir á Constantinopla muchos hereges desacreditados que no guardaban miramiento alguno. Pero el inmenso pueblo de aquella capital mostró de un modo tan terrible su indignacion, que Anastasio, aunque tan poderoso, se vió en la necesidad de ceder á las circunstancias y de valerse de su acostumbrada perfidia. Por esta razon los enemigos del patriarca Macedonio se valieron de un hombre llamado Acolio para asesinarle. Acometióle en efecto con espada en mano; pero no pudo conseguir su intento, por haber sido socorrido Macedonio. Este obispo, honrando la causa que defendia, lejos de tomar venganza, señaló una pension á su asesino.

Tambien tuvo la Iglesia que sufrir una nueva guerra en el Africa. Muerto el rey Guntamundo, que trató muy bien á los católicos, renovó la persecucion Trasmundo su hermano y sucesor. A los principios no usaba de violencia y el peligro de la fé fué por esto mucho mayor. Los que deseaban abrazar la religion del príncipe eran colmados de favores, elevados á las primeras dignidades, ó á los oficios lucrativos segun su estado, y asegurados de la impunidad en caso de malversacion. Trasmundo se dedicaba especialmente á aniquilar el episcopado, dejando morir pacíficamente á los prelados católicos, é impidiendo cuidadosamente se les nombrasen sucesores. Condescendieron con sus deseos por espacio de algunos años; mas cuando observaron que se ejecutaba este sistema con método y perseverancia, y advirtieron los infinitos daños que padecian diferentes iglesias, entonces los obispos que aun quedaban consagraron otros nuevos, Sábelo la

córte, y enciéndose la persecucion con tanta viveza, que fueron desterrados muchos prelados, particularmente de la provincia Bizacena, donde el primado Victor habia cuidado con mucho esmero de llenar las Sillas vacantes.

En esta ocasion fué elegido San Fulgencio para la de Ruspe, ciudad célebre de la misma provincia (1). Era oriundo de Cartago, y nieto del senador Gordiano á quien desterraron con los demas católicos de distincion en tiempo del rey Genserico. Habiendo nacido en Telepta en la Bizacena, el año 468, quedó Fulgencio poco despues huérfano de padre; pero su madre dirigió con tanto cuidado el cultivo de sus felices disposiciones, que en breve se le miró como un prodigio entre la juventud del pais. Mayor maravilla causaba todavía la pureza de sus costumbres que sus talentos: huyó del mismo modo la disolucion en que caian los jóvenes de su nacimiento, particularmente en el Africa, y el atractivo de la ambicion, tanto mas poderoso y seductor, cuanto se acostumbraba representarla como una virtud en aquellos á quienes cierta elevacion de alma alejaba de los vicios groseros. Vióse obligado desde mozo, para aliviar á su madre, á administrar sus bienes que eran cuantiosos; pero muy luego le desagradó esta ocupacion.

Visitando con frecuencia á los solitarios que habitaban en las cercanias aprendió el desprecio de las cosas terrenas y el amor de la oracion y de la penitencia, y determinó finalmente renunciar al mundo. Mas primero ensayó por algun tiempo sus fuerzas, y procuró acostumbrarse á todos los ejercicios de la vida monástica antes de declararse públicamente. Habia en aquel distrito un obispo muy anciano llamado Fausto, que habia sido desterrado en

(1) Bolland. ad diem 1 Jan.

tiempo de Genserico, y que edificó un monasterio donde vivia santísimamente. Fulgencio le suplicó que le admitiese entre sus discípulos; mas el obispo teniendo en consideracion su tierna edad y su exterior en extremo delicado, recelaba que algun movimiento pasajero de devocion le obligase á emprender mas de lo que alcanzaban sus fuerzas, y le mandó se esperase todavía por algun tiempo. Entretanto, alarmada la madre de Fulgencio con el designio de su hijo, no obstante que era tan piadosa, corrió al monasterio llorando y lamentándose como si ya se hubiese muerto su hijo. Fulgencio, que la amaba con la misma ternura, lloró con ella, aunque sin alterar su firme propósito; lo cual incitó á Fausto á admitirle en su comunidad. A su ejemplo muchos amigos suyos abandonaron el siglo y se retiraron á diferentes monasterios. Fulgencio por su parte llevó desde luego á tal punto su fervor y sus austeridades, que desde el principio recelaron que perderia para siempre su salud.

Mas el Señor que anteveía de cuánta utilidad seria á la Iglesia, le concedió mas robustez que la que antes tenia. Continuándose cada vez con mas fuerza la persecucion contra los obispos, vióse Fausto precisado á desamparar su monasterio; y entonces el discípulo, por consejo del maestro, pasó á otro cercano, en el cual era abad uno de sus amigos de juventud, llamado Felix. Ansiaba este ceder su puesto á Fulgencio juzgándole mas digno que él, y le hizo tantas instancias por sí mismo y por medio de los demas, que el humilde Fulgencio, á pesar de toda su resistencia, se vió forzado á entrar á lo menós en parte en el gobierno encargándose del cuidado de la instruccion, atendida su elocuencia que ya comenzaba á desplegarse. Pero bien pronto tuvo que abandonar tambien este segundo retiro á causa de las irrupciones de los bárbaros,



y toda la comunidad se trasladó con él al territorio de Sica, que era parage menos espuesto y por otra parte agradable y fértil, pero inmediato á una parroquia gobernada por un sacerdote arriano. Los habitantes juzgaron que Fulgencio y Felix eran obispos disfrazados de monges, y se apresuraron á prenderlos y á conducirlos al sacerdote arriano.

Por medida preliminar y sin informacion alguna, mandó el bárbaro herege que los azotasen. «Perdonad á mi hermano, dijo el abad Felix, pues carece de fuerzas para tolerar los tormentos y espirará en ellos, y descargad todo el peso de vuestra cólera sobre mí, que soy su maestro y el gefe de todos.» Principiaron por Felix al momento, cuya caridad admiró al vándalo aunque sin hacerle por eso menos feroz. Habiendo este amigo generoso sufrido por largo tiempo los mas crueles tormentos, y no quedando aún satisfecho el furor del herege, cayeron despues sobre Fulgencio á quien tambien azotaron. Suplicó no obstante que se le permitiese hablar, y desplegando insensiblemente todos los atractivos de su elocuencia, esplicó la causa de su viaje, pasó á las materias de Religion, y las trató con tanta fuerza y eficacia, que aquel mal sacerdote se sintió conmovido. Mas obstinándose contra la operacion de la gracia y avergonzándose de parecer enternecido, dijo á los satélites: «descargad con mas fuerza, pues creo que quiere seducirme á mí mismo.» Mandó por último raer la cabeza á los dos confesores, y los despidió desnudos y con ignominia.

Retiráronse, como en otro tiempo los primeros discípulos del Evangelio, alegres de haber sido juzgados dignos de sufrir oprobios por el nombre de Jesucristo. Estaba este sentimiento tan profundamente grabado en el corazon de Fulgencio, que habiendo tenido noticia de aquella indigni-

dad el obispo arriano de Cartago, que respetaba á su ilustre familia, y ansiando castigar con severidad á su presbítero, usó Fulgencio de todo su poder para estorbarlo. Instáronle con vehemencia para que dejase obrar justicia, con el fin de enfrenar las violencias de los sectarios que eran muy frecuentes, y contestó con una dulzura inalterable, que era doblemente indigno de un religioso el vengarse de un herege y el lograrlo por medio de otro herege. Despues de esto volvieron á su primera morada Fulgencio y sus compañeros, prefiriendo verse espuestos á las irrupciones de los moros idólatras que á la impiedad de los vándalos arrianos.

Deseando, pues, adelantar en la piedad y sobre todo vivir desconocido y sin ninguna estimacion del mundo, pensó retirarse entre los anacoretas del Egipto, cuya vida solo conocia por la lectura de las Conferencias de Casiano. Hizose á la vela secretamente con este objeto; pero algunos hombres célebres por su virtud y su esperiencia, con quienes conferenció en Sicilia donde habia desembarcado, igualmente que en otros parages de Italia, le instaron á desistir de su viage á Egipto donde levantaban con insolencia su cabeza el cisma y la heregia. No pudiendo respirar el aire contagioso del siglo, á su regreso al Africa fundó una nueva comunidad en la provincia Bizacena; pero el amor á vivir desconocido, que permanecia siempre impreso en su espíritu, le movió á trasladarse desde esta nueva morada á una isla retirada en la que existia un monasterio de muy rigurosa observancia. Vivía lleno de consuelo en aquel lugar como un simple monge y juzgándose ignorado de todos, cuando el abad Felix y sus discípulos le encontraron despues de haberle buscado mucho tiempo.

Llenos de gozo acudieron al obispo Fausto como á su primer superior, y le rogaron

que obrase de suerte que Fulgencio tornara á ser suyo; consiguiéronlo, pues el Santo se sometió á Fausto mirándole como órgano del cielo. Luego de su llegada le ordenó Fausto de presbítero, con el fin de fiarle é impedir que otro le confiriese este grado y le destinase á otra iglesia. Resistióse poco el Santo á pesar de su repugnancia á toda distincion honorífica, figurándose que este primer grado le afirmaria en el retiro y haria desistir á las ciudades de Africa, donde su nombre se habia hecho célebre, de que le pidiesen por obispo. Por otra parte el rey Trasamundo se oponia entonces con mas rigor que nunca á las ordenaciones episcopales. Mas observando poco despues Fulgencio que los prelados no se conformaban con las prohibiciones de la tiranía, se escondió de tal modo, que no se le pudo ordenar obispo cuando se nombraron otros para la mayor parte de las iglesias.

Entretanto la ciudad de Ruspe habia quedado sin pastor por las intrigas de un diácono ambicioso, bastante hábil para impedir la eleccion de sus competidores, y demasiado indigno de que se le eligiese á él. Congregados los mejores ciudadanos y puestos de acuerdo entre sí, se presentaron al primado Victor, y consiguieron su permiso para que los obispos vecinos ordenasen á Fulgencio que entonces tendria eurenta años de edad. Afirmados todos juntos en esta resolucion y teniéndola muy secreta, reunieron con la mayor diligencia una numerosa tropa de fieles fervientes y celosos. Dirigiéronse á la celdilla de Fulgencio, confiados en que nada tenia ya que recelar, y sin dejarle tiempo de hablar le condujeron, no obstante que estaba indispuerto, á presencia del obispo que debía consagrarle. Su modestia, su repugnancia misma y perplejidad, y su humildad profunda, pero nada agreste, llamaban la atencion de todos, y arrebatava el afecto de todo el mundo,

porque el dón particular de este Santo era grangearse todos los corazones. Tuvo al fin que ceder á tantos ruegos y admitir el obispado, lo cual causó una indecible alegría en toda la asamblea, y todos, hasta el diácono ambicioso, la aplaudieron esclamando ser ésta la voluntad de Dios.

El episcopado no fué para Fulgencio otra cosa que un aumento de trabajo, añadido á todas las prácticas de la vida religiosa. Nada cercenó de sus austeridades y abstinencias: siguió sin comer carne ni usar de vino sino como un remedio y mezclado con tanta agua que apenas conservaba su primitivo gusto. Su vestido, así en invierno como en verano, era solamente una túnica muy pobre. No llevaba siquiera, como los demas obispos, la banda de lino, de la que vino luego la estola, ni el calzado de los clérigos, sino las sandalias de los monges, y aun las más veces andaba descalzo. Por lo que hace á la casulla, vestido vulgar en aquel tiempo y que cubria todo el cuerpo, jamás la llevó de tela preciosa, ni de color brillante; y el manto que usaba bajo la casulla era muy corto, de color blanco ó negro, como los menos estimados. Por último, era tanta su sencillez en el vestir que ni aun mudaba de túnica para ofrecer el Santo Sacrificio, uniendo la humildad á la libertad que aun reinaba entonces de hacerlo así, y diciendo que mas le importaba mudar de corazon que de vestido. Los asuntos y el gobierno de su pueblo le ocupaban todo el día, y se daba gran parte de la noche á la oracion, á la lectura y á la meditacion de los libros sagrados, sin omitir jamás la menor parte de sus antiguas prácticas de piedad.

Lo primero que pidió á los ciudadanos de Ruspe fué un terreno apto para levantar un monasterio, en el cual colocó al abad Felix con una gran parte de su comunidad. Mas en medio de tantos proyectos admirables que habia concebido para bien de su



iglesia, no consiguió, ni con mucho, todas las ventajas que podía prometerse. Antes de que tuviese tiempo de darla el esplendor que ansiaba, le desterraron á Cerdeña con otros obispos perseguidos, cuyo número ascendía á mas de sesenta de sola la provincia Bizacena, pues de las otras del Africa confinó Trasamundo hasta doscientos veinte. Fulgencio lo sintió solo por su pueblo: despreciaba tanto las comodidades de la vida, que como al tiempo de partir le colmasen de todo género de presentes, que aceptaba por no afligir á sus bienhechores, lo regaló todo á los monges y se hizo á la vela sin llevar cosa alguna consigo, bien cierto de encontrar en todas partes lo que mas amaba, la contemplacion de su Dios, la oracion continua, el retiro, la penitencia y todos los ejercicios principales de la vida religiosa que supo practicar donde quiera que se encontrase. Unos doce años duró este primer destierro de San Fulgencio, durante los cuales su fama se extendió por todas partes con mas esplendor, consultándole todos como á un oráculo. Aunque no era de los obispos mas ancianos, le miraban todos como su maestro y Doctor. Continuamente estaba ocupado en redactar las consultas que de todas partes se le pedian, ó por mejor decir, en formarlas enteramente, y los otros prelados se contentaban con poner su aprobacion. Lo mismo sucedia cuando se necesitaba impugnar á los enemigos de la fé ú oponerles algunos tratados dogmáticos; y de aquí provinieron tantos escelentes escritos que conservamos de este ilustre doctor y que mas adelante daremos á conocer mas á fondo.

Mientras los primeros pastores eran asi probados en el Africa, los de la Galia disfrutaban de la tranquilidad mas profunda y mas universal. Vivian todos pacíficamente, y aun eran tratados con blandura los súbditos de Alarico, soberano de las provincias

meridionales (a). La particion de las Galias, entre muchos pueblos rivales, y mas que todo la conversion sincera del rey de los franceses á la fé católica, eran parte á que el visigodo, aunque arriano, procediese con mucha moderacion con los súbditos suyos que conservaban la verdadera fé, es decir, con los naturales del pais llamados romanos. Ordenó que se escribiese para ellos una coleccion del código Teodosiano, y de otros muchos libros del antiguo derecho, los que autorizó despues de haberse aconsejado asi de los obispos como de la nobleza. Hé aquí sin duda la causa por que el derecho romano, ó derecho escrito, permaneció en uso en estas provincias. Por los años de 500 permitió á los obispos de sus dominios celebrar un Concilio en la ciudad de Agde, al que acudieron entre otros prelados los metropolitanos de Tolosa, Burdeos y Bour-

(a) En la nota de la página 61 digimos ya que Eurico habia sucedido y cómo á Teodorico; reinó Eurico por espacio de diez y siete años, y falleció de su enfermedad en Arlés el año de nuestra Salvacion de 483. Antes de morir encomendó su hijo Alarico á los grandes, y dióle muy buenos consejos. Asi que hechas las exequias de Eurico declararon los grandes por rey á Alarico. Este reinó por espacio de veintitres años, continuando, segun Mariana, con engaños y crueldad el imperio y señorío que su padre Eurico le dejó asaz próspero; motivo por el cual, añade el citado historiador, compadeciéndose poco de su desastre la gente, antes bien decian tenerle muy bien merecido; pues, como se verá en nuestro autor, murió en la batalla con Clodoveo, en la cual este salió vencedor, apoderándose de los tesoros de los reyes visigodos y entre ellos de joyas riquísimas del rey Salomon, vasos y demas instrumentos de los sacrificios del templo de Jerusalem que los romanos habian traído á Roma y de que se habia apoderado el otro Alarico, primer rey de este nombre entre los visigodos, cuando entró á saco en Roma, y del cual los habian heredado sus sucesores. Murió Alarico, segundo de este nombre contando al otro Alarico, el año 506. Dice Mariana que fué el primero de los reyes godos que estableció y promulgó leyes por escrito, recopiló en suma y publicó el Código de Teodosio á 3 de febrero del mismo año en que fué muerto, porque antes de él, asi en paz como en guerra, acostumbraban los godos á gobernarse á fuer de otras naciones bárbaras por las costumbres y usanzas de sus mayores y antepasados. A las leyes de Alarico añadieron los reyes siguientes otras muchas, y de todas se formó el volumen que comunmente se llama Fuero Juzgo. Véase Mariana, lib. 5, c. 6; y Morales, lib. 11, c. 39. (N. del E.)

ges con los diputados de Narbona y Tours, presidiéndoles San Cesario, obispo de Arlés, no menos digno de este honor por sus calidades personales que por la preeminencia de su Silla.

Habia visto la luz en el territorio de Chalons sobre el Saona, de padres igualmente distinguidos por su piedad y por su nobleza, y desde su mas tierna infancia dejó vislumbrar el grado de heroismo en que rayarian su caridad y todas las demas virtudes (1). Muchas veces se despojaba ya entonces de parte de sus vestidos para abrigar á los infelices. A la edad de unos diez y ocho años huyó de la casa paterna, y corrió á postrarse á los pies de su obispo San Silvestre, suplicándole que le destinase al servicio de la Iglesia. Manifestábase de dia en dia mas fervoroso en buscar la perla evangélica, ó la perfeccion, y se retiró poco despues al monasterio de Lerins, donde admiró el observar en Cesario aun principiante las virtudes de los mas antiguos religiosos. Promoviéronle bien pronto á los oficios de la comunidad, no obstante su repugnancia, y despues recibió el orden del sacerdocio de manos de San Eonio de Arlés, que tuvo ocasion de verle y le reconoció por pariente suyo. Esta fué una de las causas, la menor por cierto, del amor que profesó á Cesario luego que tuvo ocasion de reconocer su mérito. Elogiábase sin cesar, y estando enfermo repetia á cada instante á su clero y á los principales ciudadanos, que le visitaban con frecuencia, que no debian sustituirle otro sucesor que Cesario, el único capaz, añadía humildemente el santo viejo, de restablecer la disciplina, que mis enfermedades y negligencia han sido parte á que decaiga. Muerto pues Eonio, no deliberaron sobre la eleccion de obispo, y aunque se ocultó Cesario en las ca-

(1) Act. Bened. tom. 1, pag. 659.

vernias y en los sepuleros, allí supieron descubrirle y obligar á esta brillante antorcha á ponerse en un punto donde pudiese dar luz á todo el rebaño. Frisaba Cesario con los treinta y tres años de edad cuando le eligieron en el de 502; y por consecuencia contaba solos treinta y siete, cuando tuvo la presidencia del Concilio de Agde.

Formáronse cuarenta y siete cánones en este Concilio, sin contar los de algunos posteriores, como los de Epaona, que despues le añadieron (1). Hállase en el canon veintidos el origen de lo que despues se ha llamado beneficio, esto es, el usufructo de los bienes eclesiásticos cedido á los clérigos, en lugar del estipendio que la antigua disciplina les señalaba á proporcion de sus servicios. Mandóse tambien que los eclesiásticos fuesen con los cabellos cortos, sin duda porque los conquistadores de las Galias los conservaban largos, y su imitacion era una especie de fausto y grandeza mundana. Recuerda el mismo sínodo á los clérigos por esta razon, que su vestido y calzado debe acomodarse á la humildad de su estado. Establece que los veinticinco años sea el tiempo de ordenar los diáconos; treinta el de los presbíteros y obispos, y que antes de elevar á las órdenes sagradas á los hombres casados, sea preciso obtener el consentimiento de sus mugeres, exigiendo de ellos se separasen de habitacion, y que ellos y ellas hiciesen voto de continencia. Se prohíbe dar el velo á las vírgenes hasta la edad de cuarenta años, aunque esto se debe entender segun todas las apariencias de las que permanecian en medio de los peligros del siglo. Se manda espresamente á los fieles que solo esceptúen del ayuno cuadragésimo los domingos y no los sábados, sin duda porque los godos venidos de

(1) Tom. 4, Concilior. pag. 1381.